

Cuestión de olfato

—Doctor, tengo el sentido del olfato demasiado desarrollado.

Levanta la vista de los papeles, aunque no la cabeza, y me mira incrédulo.

—Es muy molesto —continúo—. Cuando el olor es desagradable, me dan náuseas y no lo puedo controlar. No sé, tal vez haya algo que pueda tomar y evite que lo huela todo de esta forma tan intensa.

El médico se incorpora cruzando los brazos. Tiene el olor escondido tras desodorantes. Intento imaginarle al natural, sin jabones ni lociones y, probablemente, me provocaría algo de náusea.

Empieza a hablar de carrerilla, en plan científico. Concluye diciendo que no hay tratamiento para mi problema y que, además, no lo considera tal, sino más bien una virtud a la que debería sacar provecho.

—Está usted perfectamente —dice invitándome a abandonar la consulta— no debe preocuparse por tener demasiado olfato.

Este médico se equivoca y no sabe hasta qué punto.

Abro la puerta para irme y el siguiente paciente, ansioso por entrar, apenas me deja sitio para que pueda salir sin atropellos. La sala de espera está hasta arriba. Con el dorso de la mano me tapo la nariz y respiro por la boca. Huele demasiado a humanidad y a hospital.

En el jardín que rodea la clínica consigo, por fin, inspirar por la nariz. Huele a espliego, romero y otras plantas aromáticas. Camino a la sombra de los árboles. El piar de los pájaros consigue relajarme.

Paseando dan las cinco de la tarde, hora de las noticias. Con los auriculares puestos, sintonizo la radio. Tal y como esperaba, informan de que le han encontrado.

Decido ir para allá. Lo tiré en las afueras, por la sierra, después de darle lo suyo. Mi labor, en cierto modo, es útil para toda la sociedad, no se puede ir apestando al mundo como si nada sucediera.

Tras aparcar en la zona de recreo, me calzo las botas y comienzo a caminar, como un senderista más. De lejos, los veo. Han acordonado la zona, sacan fotos y buscan pruebas. Por suerte, soy muy meticuloso cuando me pongo.

Un policía escucha a otro mientras mira a las personas que estamos aquí, tras el cordón. Sé que me está buscando e intuye que estoy entre los curiosos. Le aguanto la mirada, pero él pasa y busca en el siguiente. Al igual que el médico, solo ve a una persona normal.

Me cambio de postura y, sin querer, empujo al curioso que tengo al lado.

—¿Es que no puedes tener más cuidado? —me chilla el grosero.

Del pozo de su boca sale olor a podrido. Me sube la náusea y me alejo para vomitar.

De lejos, vigilo al grosero. Cuando se va, lo sigo. Lo primero, saber dónde vive.

L. Anciano